



MEJOR REÍR
QUE MORIR

Menchu Gómez

MEJOR REÍR
QUE MORIR



Primera edición: febrero 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Menchu Gómez

ISBN: 978-84-19595-88-1

ISBN digital: 978-84-19595-89-8

Depósito legal: M-3986-2023

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi mujer Esther, por enseñarme a ser menos hiperactiva
introduciendo en mis marchas una velocidad más lenta que me
ayuda a saborear cada momento.*

A mi hija Alicia que consigue que mi corazón baile claqué.

*A mis perros Iker y Carol que me bañan de caricias y me
reciben cada día con su amor incondicional.*

*A mi madre, mi hermana Soli y mis sobrinos Alejandra y
Carlos por apoyarme en mis proyectos y hacer que en los viajes
lo menos importe sea el destino o el hotel.*

*A mis amigas del «Comando Bávaro»: Amanda, Gloria, Jen-
ny y Marta. Por las comidas de los viernes salpicadas de risas.*

*A mis amigos Espe, Ana, Luis, Samanta, Laura, Dori y
Paz; por estar ahí aunque la vida nos lleve, a veces, a vernos poco.*

*A los que estuvieron cuidándome y se fueron:
mi Güeli y mi padre.*

*Y en general, dedicado a todas las personas con quien he
compartido carcajadas y conversaciones apasionantes.*

ÍNDICE

Primera parte: Soñar es de valientes.....	11
Capítulo 1 Soy una joya gastronómica	13
Capítulo 2 Menos «jamón jamón» y más «quinoa y tofu»	19
Capítulo tres Un deseo y una decisión.....	25
Capítulo 4 Un, dos, tres, cambiando	33
Capítulo 5 Conspirando con el destino	43
Capítulo 6 Los misterios y paradojas del ser humano.....	51
Capítulo 7 Gestionando el duelo.....	57
Segunda parte: Una vida que muerde y otra que acaricia	67
Capítulo 8 Reinventándonos con aroma a caramelo.....	69
Capítulo 9 Igual que si hubiéramos nacido personas.....	75
Capítulo 10 La trampa de la belleza	85
Capítulo 11 Placeres y sufrimientos	95
Capítulo 12 Reunión del gabinete de crisis.....	103
Capítulo 13 Palabras perfumadas y demás delicias	115
Capítulo 14 Peluches de esparto	127

Capítulo 15 La cara B.....	137
Capítulo 16 Deprisa y corriendo.....	147
Capítulo 17 Completamente enlodada	157
Capítulo 18 Y dale con la muerte.....	167
Capítulo 19 Canales malolientes.....	177
Capítulo 20 Rubicón tiene mala rima.....	187
Capítulo 21 Oscuros descubrimientos	193
Capítulo 22 ¡Te vas a cagar, lorito!	199
Capítulo 23 Ni loncheada ni chuleada: ¡viva!	211

PRIMERA PARTE:

SOÑAR ES DE VALIENTES

Capítulo 1

Soy una joya gastronómica

No te tomes la vida demasiado en serio; al fin y al cabo, no saldrás vivo de ella.

LES LUTHIERS

Todo lo grande empieza con un pellizco de miedo y un puñado generoso de ilusión. Teníamos ambos ingredientes, así que arrancamos nuestro sueño.

Ni en uno de mis grandes sueños de ronquidos atiborrados de decibelios hubiera imaginado mi brutal transformación. Necesaria para sobrevivir porque la vida es apasionante, pero de justa tiene lo que yo de modelo anoréxica.

Era un cuerpo que podía haber esculpido Botero si le fuera el mundo porcino. Estaba surcada de manchas divertidas y me sostenían cuatro patas rotundas rematadas por unas pezuñas despigmentadas. Mis patas eran denominadas por más de uno como «el oro blanco». Soy descendiente de un macho blanco inglés y una hembra de Huelva. Y aunque era lo que era, me hubiera encan-

tado que la gente al mirarme no fantaseara con jamones, chorizos ni cremas de sobrasada ibérica. Me negaba a ser un tributo al colesterol. Pero la suerte o la mala suerte, según soplara el aire de la dehesa, me hizo nacer cerda. Sí, cerda, y no me refiero a que huela a sobaco de perro flauta en verano o a que fuera de esfínter flojo sino a que era una cerda manchada de Jabugo, una pata blanca, es decir, el ejemplar que produce el mejor jamón del mundo y el más exclusivo. Aunque mi destino era el mismo que el del típico animal rotundo que se cría en granjas y al que le regalan un pase al otro mundo cuando está bien orondo, ya me podría haber tocado un pase para cocinar con Martín Berasategui, pero no, el destino me obsequió a mí y a los míos con una buena descarga y un vis a vis con san Pedro. De nada servía que fuéramos la versión 2.0 del cerdo manchado de Jabugo.

Tenía unas hechuras rechonchas y sensuales que culminaban con la guinda de poseer un cerebro de los que juegan en primera división. Resultaba extraño que especímenes como mis hermanos y yo tuviésemos una inteligencia desbordante, tan raro como que sonaran a vals los gritos de una cerda pariendo. Aunque cosas más raras se habían visto y se verán en esta cochina vida.

Mis hermanos y yo éramos considerados la nueva joya de los ibéricos, pero nosotros nos negábamos a ser carne de élite y por eso ingeniamos un plan para impedir el futuro ingreso en una tienda *deluxe*.

Hacia cuatro años la televisión de Tokio visitó la dehesa de un conocido empresario del mundo de la pro-

ducción del cerdo manchado ibérico. El programa despertó en Japón el interés de varios empresarios, lo que desencadenó que un pequeño grupo se trasladara a España para ver en directo nuestras excelencias y de ahí salió un proyecto que culminó con el montaje de un laboratorio animal de última generación para el que trajeron a dos de sus mejores científicos que en colaboración con una prestigiosa marca de embutidos españoles (disculpa que no cite su nombre, pero es que no desearía hacerles publicidad) empezaron a trabajar. El objetivo del proyecto era que los dos científicos japoneses copiaran y superaran la excelencia de nuestro producto rey. Trabajaron duramente para producir cerdos diseñados genéticamente y así obtener la excelencia suprema del jamón ibérico. Y no hablo de un jamón pata negra sino de un pata blanca de Huelva, el más exquisito y cotizado del mundo. Para la gran cantidad de paladares que no hayan tenido el gusto de probarlos y el disgusto para mí, diré que es un producto de delicadeza comparable al caviar o la trufa blanca.

Y tras una comida con flamenco, paella y sangría..., mucha sangría, los japoneses se vinieron arriba y volvieron al laboratorio para darlo todo y finalizar el proyecto. Con mucho alcohol en sangre acompañado de gritos de «¡olé!», culminaron la versión 2.0 del cerdo manchado. Y de ahí salimos nosotros, unos cerdos ibéricos de carne pecadora. Pero con tanta alegría etílica algo se alteró y nacimos con un cerebro que va como un tiro.

Así que era una cerda de altas capacidades intelectuales al igual que mis hermanos, y me negaba a pensar que

la meta de mi vida fuera morir para ser finamente loncheada. No pensaba permitir que me mataran para ser exhibida sobre una bandeja de plata en la recepción de un embajador o en un yate repleto de futbolistas en Ibiza. No estaba dispuesta a competir el día de mi muerte con ser más excepcional que un bombón crujiente envuelto en papel dorado.

Era cerda, sí, pero tenía los días contados. Y sabía que ser de descendencia porcina no desmerecía. Los cerdos son animales sociables, inteligentes y curiosos por naturaleza. El mito de que son sucios se debe a la costumbre de revolcarse en el lodo húmedo. Lo hacen para refrescarse cuando las temperaturas son altas y para quitarse los insectos. Otro gallo les cantaría si pudieran disfrutar de climatizadores o al menos de abanicos. No entiendo por qué si eso nos convertía a nosotros en guarros no ocurría lo mismo con los humanos. ¿O no es lo mismo cuando algunas mujeres luchan en el barro embutidas en trajes de baño escuetos? O ¿cuándo gente de Visa holgada paga para enlodarse en los balnearios más chics? Yo pienso: ¡o guarros todos o guarro ninguno! Una prueba más de que la vida no es justa.

Era la cerda Bianca, producto de mis padres y de la manipulación genética. Tenía 30 meses, y si no virábamos nuestro destino moriríamos dentro de seis, tiempo necesario para que nuestras carnes maduraran, se infiltraran bien de grasa y adquirieran esa presencia y sabor que nos hacía únicos. Moriríamos justo en el mes de diciembre. ¡A la mierda las Navidades! Pues me negaba ardiente-

mente. Disfrutaba de la vida y quería que la mía y la de mis hermanos fuera larga y excitante. Me negaba a convertirme en una delicatessen que amenizara las veladas de un pretencioso ricachón.

Mi vida me estaba pidiendo a gritos que la usara.

Era la pequeña de una camada de cuatro; dos machos, Oxford y Bruno, y dos hembras, Mirinda y yo. Nací la última, *the last but not the least*, que dirían los ingleses. Conocía todo el proyecto de investigación de los japoneses y me había formado para estar a la última en ciencia y tecnología. También podía acceder en cuestión de segundos a cualquier sistema operativo del mundo por muy protegido que estuviera. Tenía dos aficiones que compartía con mi hermano Oxford, la química y ver programas de cocina. Cuando nadie nos vigilaba nos colábamos a la zona de relax, encendíamos la televisión y nos volvíamos locos mirando el canal cocina o navegando por la escuela de Master Chef. Pura vida contemplativa, mirar pero no comer.

Admiro a Oxford. Fue el segundo en nacer. Se puso ese apelativo porque le encantaban los artículos científicos que provenían de esa universidad, así que la quiso homenajear poniéndose su nombre. Le encanta comer, sus ojos adquieren un brillo especial cuando encontraba cualquier alimento distinto a nuestra alimentación cotidiana que consistía en comer bellotas de encina y de alcornoque, almendras, madroños y aceitunas, y en beber agua de manantial. Si hubieran sabido los investigadores o el becario que él se saltaba la dieta sobre todo tomando

los restos de sus paellas y bebiendo los culitos de sangría que se dejaban los japos cada dos por tres, se hubiera armado un lío de miles de euros. Mi sabio hermano también ama la ciencia. Sabía muchísimo de bioquímica y medicina. Los dos juntos experimentábamos, estudiábamos, razonábamos y arriesgábamos con la esperanza de librarnos de nuestra amenazante muerte en seis meses.

Una noche antes de que nos venciera el sueño estuvimos a punto de conseguir dar el último empujón a nuestro ilusionante plan. Yo me retiré vencida por el sueño pero Oxford se quedó trabajando y a la mañana siguiente solo con ver su cara supe que lo había conseguido.

Ese día esperamos a que la oscuridad se hiciera sin remilgos la dueña del cielo. Resguardados por ella nos juntamos para concretar y, a ser posible, arrancar nuestro apasionante plan de convertirnos en seres humanos.

Capítulo 2

Menos «jamón jamón» y más «quinoa y tofu»

Una vida con poco riesgo es una vida con pocas recompensas.

JON MORGAN

En cuanto se despejó la dehesa, nos reunimos para concretar y arrancar nuestro apasionante plan de convertirnos en humanos. Con los nervios esa mañana se me hizo larga. Mientras paseaba pensaba y analizaba: Como cerdos somos un referente en calidad y exclusividad. Tenemos un sabor que hace aplaudir de gusto a las papilas gustativas y pertenecemos a una raza que está en peligro de extinción. Eso junto a nuestro sabor hace que nuestros cuerpos valgan un número de cuatro cifras por kilogramo, algo prohibitivo para muchas tarjetas bancarias. Vamos que si echas la tarde con una tapita de las nuestras y una taza de *kopi luwak* (el café más caro del mundo hecho a base de cacas) tienes que realizar maniobras de rea-

nimación a la Visa. Por ello estamos mimados en exceso. Nos crían en libertad entre encinares, cascadas y arroyos que no están alterados con productos químicos, bebemos agua de manantial, nos desparasitan con baños de arcilla, se supone que no sabemos lo que es el estrés y caminamos al día casi 14 kilómetros a lo largo de los 30.000 metros cuadrados de los que disponemos. Teóricamente somos atletas a tiempo completo. Ahora mismo vivimos mejor que muchos humanos, el problema es que vivimos solo 36 meses y eso no da para mucho. Tenemos además un equipo entero a nuestra disposición compuesto por los dos científicos japoneses y el becario español que trabajan en el laboratorio y nos controlan periódicamente. Además, disponemos de un cuidador y un veterinario. Para no alterar nuestra calidad nos curan con ceniza de encina, aceite de oliva virgen extra, hierbabuena y pipas de calabaza.

De todo el equipo mi ojito derecho es Jorge, el becario. Nos trata con un mimo especial. Suele mirarme directamente a los ojos hablándome con ternura, su presencia me calma e ilusiona, y cuando me acaricia el lomo siento que la vida está llena de iconos de bailarinas de flamenco zapateando. Solo con que entre en el laboratorio noto que el aire se carga de energía y feromonas. Cuando él y los investigadores terminan su jornada laboral y el cuidador se retira, mis hermanos y yo nos colamos en el laboratorio. A las seis de la mañana lo solemos abandonar dejando todo bien colocado para que a las siete el limpiador no perciba nada extraño como restos de be-

llojas por el suelo u olor reconcentrado a pata blanca. Somos animales de poco dormir.

El laboratorio dispone de dos amplias estancias separadas entre sí: Una generosa sala de descanso y el laboratorio propiamente dicho. En él encontramos mucha tecnología para la investigación animal, mientras que en la sala de descanso se encuentran televisiones, aparatos de música, un billar y varias consolas. Los japoneses buscan que los investigadores se relajen para que se vuelvan más creativos. Es un área restringida a la que solo puede acceder el personal autorizado que son los dos investigadores, el becario y el señor de la limpieza. Nos llevó dos días hacernos con una autorización «prestada» a la salud del señor de la limpieza. Ya con ella, y desde dentro, todo fue mucho más fácil. Solo tuvimos que entrar en el sistema operativo de la empresa para duplicar la autorización y así disponer de una propia para entrar y salir a nuestro antojo.

Allí hemos aprendido todo lo que sabemos. ¡Anda que no hemos invertido horas de trasteo y estudio! Cuando necesitamos material de algún tipo para nuestros experimentos hacemos un pedido por internet y listo. Los científicos están encantados con todo el equipamiento que les llega semanalmente, inocentemente piensan que es gentileza de los japoneses. Y es que si sabes hacer dinero y te sabes mover por la red puedes conseguir hasta la luna.

No todo fue tan fácil como ver un atardecer onubense, los inicios fueron difíciles. No teníamos dinero y gol-

peábamos las teclas del ordenador con una pequeña probeta que sujetábamos con la boca. Al final de la jornada terminábamos con las mandíbulas tan destrozadas que éramos incapaces de crujir más de dos bellotas seguidas y se alarmaron porque perdimos algo de peso. Después, entre Bruno y yo, diseñamos una mano biónica controlada por señales cerebrales y todo empezó a ser más sencillo y yo diría que humano.

El dinero no es importante salvo cuando no lo tienes y tienes que pensar en él. Afortunadamente, a nosotros nos llegó gracias a Mirinda y a las inversiones que fuimos haciendo con sus ganancias.

Mirinda es la tercera de mis hermanos, nos reímos mucho con ella porque es teatral, divertida y glamorosa. Su ídolo es Rafaella Carrá, la vital cantante, bailarina y presentadora italiana que hipnotizaba a los televidentes españoles en los 80 al presentar, cantar o bailar moviendo su cuerpo con absoluta libertad. Mi hermana, cuando nos quiere arrancar una sonrisa, pone acento italiano y canta el «explota, explota, me explo-explota, explota mi corazón...», moviendo la cabeza y el pelo con ese frenético vaivén que te sitúa al borde del esguince cervical. Se puso el nombre de Mirinda al ver una foto en la que la cantante estaba refrescando su garganta con esa bebida. Lo hace genial, creo que tiene cualidades para ser una buena actriz, al menos, cuando cuenta una historia nunca sabes si miente o si dice la verdad. Además, está dotada especialmente para las matemáticas, la música y la imitación de voces y sonidos. Desde el anonimato compo-

ne para grandes cantantes nacionales e internacionales. No voy a decir exactamente a quién compone, por si me meto en un lío, pero su música alberga siempre un sonido imperceptible al oído humano que constituye su sello personal, una pequeña coquetería de cerda compositora. Gracias a sus brillantes creaciones disponíamos de una suculenta cuenta corriente con la que pudimos comprar todo lo que necesitamos, eso sí, con absoluta discreción.

Sus primeros escarceos musicales los inició tras bajarse varios programas de composición. Sin decirnos nada, mandó sus primeras creaciones a un productor musical que quedó enamorado de su trabajo. Quería conocerla en persona, así que se nos ocurrió alegar que tenía un problema de timidez severa que le impedía relacionarse con cualquier persona desconocida. Nos partíamos de risa con la explicación, porque cualquiera que conozca a mi hermana sabe que tiene de tímida lo mismo que de carnívora. El toque de excentricidad de genio tímido de la creación quedó hasta chic y el productor accedió a tramitar todo en la distancia. Mandó el contrato, ingresó una sustanciosa cantidad en una cuenta corriente como pago de las primeras composiciones y, sin más, el vil plástico entró a formar parte de nuestras vidas. Lo de crear una cuenta corriente virtual fue más fácil para mí que pegar dos gruñidos con acento japonés.

De esta manera hemos ido aprendiendo y progresando hasta encontrarnos en el momento en el que estamos ahora, a punto de que nuestra vida cambie en un sentido o en otro.

Paré por un momento y observé que el sol estaba justo en el centro del cielo y apenas se veían sombras, era mediodía. Faltaba un poco más de espera para que nos reuniéramos. Arrancaba la aventura.

Capítulo tres

Un deseo y una decisión

Vivir es tomar decisiones y asumir las consecuencias.

PAULO COELHO

Llegué corriendo a la reunión. Mi hermano Oxford entró en el laboratorio moviendo con relativa elegancia sus 150 kilos de suculenta hermosura. Sus ojos portaban una mirada tiznada de misterio:

—Después de trabajar anoche hasta tarde con Bianka, tenemos que daros una buena y una mala noticia —hizo una pequeña pausa para observar nuestra reacción—. La buena es que anoche concretamos el plan que nos permitirá escapar de aquí y librarnos de nuestro letal destino.

—¿Y la mala? —preguntó Bruno con impaciencia.

—La mala es que posiblemente solo nos alargue la vida durante un año. Si no lo perfeccionamos, lo más probable es que muramos en ese plazo de tiempo.

—¡Ostras! —exclamó Mirinda—. La muerte nos acecha por activa o por pasiva. Bueno, cuéntenos dónde estamos justo ahora.

Oxford sin más dilaciones empezó a explicar:

—El organismo del cerdo se asemeja increíblemente al del ser humano. De hecho, algunos científicos andan experimentando con nosotros para convertirnos en los «donantes de órganos» del futuro. ¡Como si no tuviéramos bastante con terminar loncheados sobre una bandeja! Sobre todo, experimentan con cerdos transgénicos para conseguir trasplantes de corazón a humanos que tengan el mínimo índice de rechazos o para combatir con nuestras células enfermedades como la diabetes. Partiendo de esos estudios, Bianca y yo hemos utilizado su información a nuestro favor, y hemos llegado aún más lejos. Resumiendo, aprovechando esa semejanza y compatibilidad hemos creado unos parches que nos tendremos que colocar en el abdomen y que liberarán ADN humano entre otros componentes. En una semana, aproximadamente, nos podríamos transformar en seres humanos.

Primero nos quedamos paralizados en silencio, procesando la noticia. Luego un unánime gruñido de euforia retumbó en la sala.

—¡Bianca y Oxford vuestra excelencia no está en el sabor sino en vuestro cerebro! —gritó Bruno.

Oxford pidió calma para poder proseguir:

—Una vez que se haya obrado la metamorfosis nos tendríamos que colocar otro tipo de parches para que se mantuvieran los efectos. El problema está en el uso de estos segundos parches, los de mantenimiento, porque no se pueden utilizar durante más de 12 meses seguidos, de lo contrario moriríamos envenenados. Y si nos

los quitáramos o se nos cayesen la palmaríamos de un ataque cardíaco.

En el aire se podían oler los sentimientos ambivalentes de euforia y miedo que desprendían nuestros rechonchos cuerpos: el olor picante de la euforia mezclado con el olor metálico y nauseabundo del miedo.

—Si en ese periodo conseguimos dar con una solución definitiva —continuó mi hermano—, no habrá problemas; pero si no pudiéramos dar con ella oiríamos sonar una marcha fúnebre y sería en nuestro honor.

La última frase de Oxford produjo en nuestros cuerpos un súbito apretón de esfínter. El miedo se podía cortar con cuchillo y tomar de desayuno con pan y mantequilla. La cuestión era: ¿ser carne de élite o ser un humano de poco recorrido? En el fondo, la decisión se podría traducir en lo mismo: terminar «fiambre».

—Lo que tenemos que decidir —planteó— es si seguimos siendo cerdos a la espera de que surja otra alternativa mejor o si iniciamos el proceso de transformación a humanos y sobre ello vamos avanzando.

Todos nos quedamos en silencio sin saber qué decir, cualquiera diría que estábamos amasando el silencio de lo mucho que tardamos en romperlo. Finalmente, fui yo la que se arrancó:

—Estaría bien que reflexionáramos durante toda la noche antes de tomar una decisión de este calibre. ¿Qué os parece?

—Bien, Bianca —opinó Bruno—, es lo más sensato.

—Sí, no nos conviene ser impulsivos —apostilló Mirinda.

—Yo ya tengo mi decisión tomada. Así que esperaré hasta mañana para conocer la vuestra —aclaró Oxford—. Espero y deseo que todos estemos unidos, tomemos la decisión que tomemos.

Los tres asentimos pensativos y nos retiramos a reflexionar cada uno en su rincón de la dehesa.

Esa noche el sueño se mostró esquivo y la noche se dedicó a pincelar ojeras.

Todo lo grande comienza con un poco de miedo. Cuando el miedo realiza un golpe de Estado y se vuelve el amo y señor del comportamiento, nos encontramos con un problema y de los gordos. Yo no iba a permitir que ningún dictador estuviera en posesión de mi raciocinio. Me tumbé en mi rincón y mi cabeza empezó a analizar la situación. Manejaba dos escenarios: uno era quedarnos como cerdos y morir sacrificados en un plazo de seis meses. El otro consistía en transformarse en seres humanos y morir en un año a no ser que durante ese plazo descubriéramos algo nuevo. Observé con resquemor que ambas opciones compartían una amenaza real: el momento *the game is over*. Durante cinco minutos se me cayó el optimismo a la altura de mis pezuñas, luego lo levanté del suelo y lo escuché: soy una cerda que adopta una orientación positiva ante los problemas, los veo como retos, pienso que tienen solución, confío en mi capacidad para enfrentarlos y estoy dispuesta a invertir tiempo y esfuerzo en encontrar su solución. Además, confío plenamente en la eficacia de Oxford y en la mía para solucionar con éxito cualquiera de las dos situa-

ciones. Analicé la primera opción. Mentalmente dibujé una columna en la que colocaba los pros y otra en la que ponía los contras. Después pasé a analizar la segunda opción que tenía menos contras y más pros y además con mayor peso. El balance había dado como resultado que me arriesgaría, asumiría lo que implicaba la segunda opción. Sin lugar a dudas, votaría a favor de convertirme en humana.

Un ruido interrumpió el hilo de mis pensamientos. Era Bruno que se había levantado buscando a Oxford. Agudicé el oído y escuché lo que le preocupaba. Mi hermano mayor se preguntaba si merecía la pena transformarse en hombre y perder el orgasmo de cerdo que dura 30 minutos mientras que el de un hombre aproximadamente seis segundos... Sí, de ahí viene la expresión de «disfrutar como un cerdo».

—¿Sabes que el orgasmo de un hombre solo dura seis segundos?

—Sí. Es un poco ridículo, ¿verdad? —respondió Oxford.

—¿Ridículo? ¡Es una birria!

—¿Crees que merece la pena perder esa duración para convertirnos en humanos?

—Bru —así le llamaba cariñosamente mi hermano cuando quería hacerle entrar en razón—, aunque tengamos el más prolongado del mundo, los cerdos de granjas limpias y productivas como esta jamás tenemos sexo del de verdad. Ya sabes que una probeta no es el sumun del erotismo.

—¿Jamás?

—Sí, Bru. Aquí todo se hace por inseminación artificial. También date cuenta de que al ser cerdos manchados, nos impiden mezclarnos con el resto de nuestros congéneres. Así que ¿para qué?

—Recuerda que nuestra raza surgió a principios del siglo XIX por el despiste de un ganadero que había traído de Inglaterra a una pareja de gorrinos. Cuando murió la hembra, el macho se quedó solo en una pocilga apartada del resto. Y en un descuido del dueño, el verraco inglés se fue directo hacia una hembra de Jabugo. Y de aquel encuentro fortuito surgimos los manchados. Yo tenía la fantasía de que se repitiera la historia. Pensaba cruzar la frontera y colarme en las pocilgas comunes para probar esa «media horita» en compañía.

—Es una fantasía imposible de realizar aquí y ahora. Como humano lo tendrás mucho más fácil. Los humanos van de aquí para allá liándose los unos con los otros sin demasiados problemas.

—Gracias, Oxford, ahora tengo mi decisión bastante más clara.

Cuando la luz del sol se filtró a través de la claraboya del techo de nuestra área de descanso (es lo que tiene estar en una pocilga de diseño para cerdos pata blanca) ya estábamos todos a cuatro patas y listos para comunicarnos nuestras decisiones.

Oxford tomó la palabra:

—¿Patas a favor de seguir como cerdos a la espera de que ideemos un método mejor?

Ninguna de nuestras patas perdió el contacto con el suelo.

—¿Patas a favor de transformarnos en humanos?

Tres patas superiores derechas y una pata superior izquierda (sí, soy zurda) se elevaron hasta donde nuestra anatomía permitió (que las cosas como son, es bastante poco).

—Decidido, esta noche —sentenció Oxford— nos colocaremos el primer parche de ADN.

Como un *flash* se me cruzó la imagen de una tienda Gourmet y sentí un escalofrío, la deseché a toda prisa. En mi cabeza se agolparon varias preguntas y dudas: ¿qué aspecto tendría como humana? ¿A qué me dedicaría? ¿Cómo sería mi vida sin Jorge? ¿Tendría orgasmos? ¿Sería *beterocisnormativa* o me daría a la diversidad? La curiosidad estaba aderezando con sal y pimienta mi cabeza.

